
La Llamada

Leónidas Andréiev

textos.info
biblioteca digital abierta

Texto núm. 7155

Título: La Llamada

Autor: Leónidas Andréiev

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 20 de noviembre de 2021

Fecha de modificación: 20 de noviembre de 2021

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

La Llamada

Fatigado por las angustias del día, me había dormido vestido sobre la cama. Mi mujer me despertó. Llevaba en la mano una bujía, cuya lucecita vacilante, en medio de la noche, se me antojó clara como el sol. El rostro de mi mujer estaba pálido. Sus ojos enormes, que me parecían entonces extraños, como si los viese por primera vez, brillaban con un fulgor siniestro.

—¿No sabes?—dijo—. Están levantando barricadas en nuestra calle.

En torno reinaba el silencio. Nos miramos uno a otro, y sentí que mi rostro se iba poniendo pálido. Hubo un momento en que la vida pareció extinguirse; pero no tardó en volver, manifestándose en los fuertes latidos del corazón.

En torno reinaba el silencio. La llama de la bujía vacilaba, exigua, ligera, pero hiriente como una espada.

—¿Tienes miedo?—pregunté.

Su barbilla temblaba ligeramente; pero sus ojos permanecieron inmóviles, mirándome sin pestañear. Sólo entonces me percaté de que eran unos ojos terribles, completamente desconocidos para mí. Yo los había mirado durante diez años y creía conocerlos mejor que los míos; pero en aquel instante había en ellos algo nuevo que yo no acertaba a definir. ¿Era orgullo? No; era una expresión extraordinaria.

Le cogí la mano, que estaba fría. Me respondió con un fuerte apretón, en el que había también algo nuevo, desconocido hasta entonces para mí. Nunca me había estrechado de

aquella manera la mano.

—¿Hace mucho tiempo?—le pregunté.

—Cosa de una hora. Mi hermano ya se ha ido. Sin duda, temiendo que tú no se lo permitieses, lo ha hecho con sigilo. Pero yo lo he visto.

¡Era, pues, verdad! ¡Aquello había llegado!

Me levanté y me lavé despaciosamente, como lo hacía siempre por la mañana, después de una noche entera de sueño. Mi mujer me alumbraba con la bujía. Luego la apagamos y nos asomamos a la ventana, que daba a la calle.

Corría el mes de mayo. Al abrir la ventana, el cuarto se llenó de un aire delicioso, que seguramente no se había nunca respirado en la enorme y vieja ciudad.

Hacía ya días que las fábricas no trabajaban y que por la vía férrea no pasaban trenes.

No impurificado por el humo de las chimeneas ni por el polvo del carbón, el aire olía a campo, a jardines en flor, a rocío. No hay palabras que den idea del delicioso olor del aire en las noches primaverales, lejos de la ciudad.

No había en la calle ni un solo farol encendido, no se veía pasar ningún coche, no se oía ruido ninguno. Cerrando los ojos, podía uno hacerse la ilusión de que no se hallaba en la ciudad, sino en pleno campo. No tardé en oír ladrar a un perro, como en la paz rústica de una aldea. No había oído nunca ladrar a un perro en la ciudad, y prorrumpí en una risa alegre.

—¡Escucha, un perro!

Mi mujer me abrazó y dijo:

—Están ahí, en la esquina.

Un poco inclinados hacia fuera, vimos moverse algo en las opacas profundidades de la noche. ¿Qué se destruía en su negrura? ¿Qué se construía? Formas vagas movíanse, agitábanse, a modo de sombras. Empezaron a sonar los golpes de un hacha o de un martillo. Era un ruido alegre, sonoro, que evocaba el bosque y el río, que hacía pensar, en la compostura de un bote, en la construcción de un dique. Y el presentimiento de un trabajo risueño, plácido, me impulsó a estrechar fuertemente a mi mujer entre mis brazos. Ella miraba, sobre los tejados, la luna de cuernos agudos, que descendía lenta y parecía joven y alegre como una muchacho que sueña y, no atreviéndose a contarlos, oculta sus, sueños luminosos.

—Cuando la luna esté en el lleno...

Pero mi mujer me interrumpió asustada:

—No hablemos—se apresuró a decir—. No hay que hablar de lo futuro. ¿Para qué? ¡Entrémonos!

Estaba oscuro en la habitación. Guardamos largo rato silencio, sin vernos uno a otro, pero sumidos en los mismos pensamientos. Cuando comencé a hablar me pareció que era otro el que hablaba; hasta tal punto era extraña mi voz, que se diría la de un hombre ahogado por la sed.

—¿Y qué vamos a hacer? Yo tengo que ir.

—¿Y ellos?

—Te quedarás en su compañía. Con la madre les bastará. Yo no puedo quedarme.

—¿Y yo? ¿Crees que yo puedo?

Aunque no dió ni un paso, sentí que se iba, que estaba ya muy lejos, muy lejos. Tuve frío en el corazón, le tendí las manos, y, apartándolas, dijo:

—Una fiesta semejante no tiene lugar sino una vez cada cien años, y quieres alejarme de ella. ¿Por qué?

—Podrían matarte, y entonces... ¿qué sería de nuestros hijos? Perecerían.

—El destino los protegerá. Además, aunque perezcan...

¡Era ella la que me lo decía, mi mujer, con la que había vivido durante diez años! Horas antes no quería saber nada que no se refiriese a sus hijos; horas antes, sólo pensaba en ellos y tenía por ellos el alma en un hilo; horas antes escuchaba atenta e inquieta todos los rumores amenazadores y parecía asustadísima. ¡A la sazón, qué cambio!

Sí; horas antes, sí. Pero ¿acaso no había yo también cambiado al cabo de esas horas? ¿Acaso no había olvidado completamente mi disposición de ánimo del día anterior?

—¿Quieres venir conmigo?

—No te enfades.

Me creía enfadado.

—No te enfades—repitió—. Hace poco, mientras tú dormías, cuando han empezado a levantar las barricadas, he comprendido de repente que el marido, los hijos, no tienen importancia en comparación con lo que se acerca. ¡Te amo, te amo mucho!—y me estrechó la mano como nunca lo había hecho—. Pero, oye, ¿cómo trabajan ahí, en la calle? ¿Oyes los golpes de las hachas y de los martillos? Me parece que a cada hachazo, a cada martillazo, vienen a tierra espesos muros y se abren amplios horizontes. Esos golpes son como llamadas de la libertad. ¡No sabes cómo me conmueven! Aunque es de noche, se me antoja que brilla el sol. Soy ya vieja, tengo treinta años; pero me parece que sólo tengo diez y siete y que llena mi alma un primer amor infinito, sin límites.

—¡Qué noche!—exclamé—. Se diría que la ciudad no existe ya... A mí también se me figura no tener los años que tengo.

—Golpean, y sus golpes suenan para mí como un canto, como una música con la que he soñado toda mi vida. Y no sé por qué se me arrasan los ojos en lágrimas y, al mismo tiempo, experimento el deseo de cantar, de reír. Es la llamada de la libertad. No me prives, pues, de esa dicha. Déjame morir con los que trabajan y llaman con tanto denuedo a las puertas del porvenir, despertando incluso a los muertos en sus sepulcros del pasado.

—Tienes razón. El pasado entero no es nada en comparación con lo que se acerca.

—Sí, no es nada.

—Me parece no haberte conocido hasta ahora. ¿Quién eres?

Se echó a reír con una risa tan sonora como si realmente no tuviese más que diez y siete años.

—A mí también se me figura no haberte conocido hasta ahora.

Hace mucho tiempo que ocurrió todo esto. Los que duermen en la actualidad el hondo sueño de una vida gris y mueren sin despertarse no me creerán; pero, en aquella época, hasta diríase que el tiempo había desaparecido. El sol salía y se ponía, las agujas de los relojes señalaban las horas y los minutos, y el tiempo, con todo, no existía. Muchas otras cosas grandes, admirables, ocurrían en aquella época, y los que duermen el hondo sueño de una vida gris y mueren sin despertarse no me creerán.

—¡Hay que ir!—dije.

—Espera; voy a darte de comer: no has comido nada. Y mira si soy prudente; yo iré mañana. Dejaré en cualquier parte a los niños y vendré a reunirme contigo.

—¿Somos, pues, camaradas?

—¡Sí, somos camaradas

El aroma del campo penetraba en la habitación por la ventana abierta. El silencio nocturno sólo era turbado por los golpes sonoros y alegres del hacha.

Sentado a la mesa, yo miraba, escuchaba, y todo en torno me parecía tan nuevo y lleno de misterio, que me dieron ganas de reír. Se me figuraba que todo cuanto me rodeaba sería destruído y yo solo permanecería. Todo pasaría; pero yo seguiría existiendo. Todo lo que no era yo mismo—la mesa, los platos—se me antojaba absurdo, extraño, irreal, no dotado sino de una existencia ficticia.

—¿Por qué no comes?—me preguntó mi mujer. Sonreí.

—El pan... ¡es tan extraño!

Ella miró el pan, y su rostro se puso triste.

Luego volvió la cabeza hacia la habitación de los niños.

—¿Te dan lástima?—le pregunté. Negó con la cabeza, sin apartar los ojos del pan.

—No, no es eso. Pienso en nuestro pasado, en -todo lo anterior a este día. ¡Es tan incomprensible! Cuanto miro es incomprensible.

Dirigió en torno una mirada atónita, como si acabase de despertarse.

—¡Es tan absurdo! Aquí hemos vivido...

—Sí, y tú eras mi mujer.

—Y ahí están nuestros hijos.

—Ahí, en mi habitación próxima, murió tu padre.

—Sí, murió, murió sin despertar...

Nuestra hijita—la más pequeña—empezó de pronto a llorar; sin duda, algún temor pueril había turbado su sueño. Y aquel llanto de niño, aquel llanto sin amargura, obstinado, insistente, sonaba de una manera extraña cuando en la calle se levantaban barricadas.

La niñita lloraba pidiendo caricias, palabras mimosas, promesas tranquilizadoras. No tardó en calmarse, y se calló.

—Bueno, ¿te vas?—dijo en voz baja mi mujer.

—Quisiera abrazarlos antes de irme.

—Temo que los despiertes.

—No, no hay cuidado.

Mi hijo mayor, que tenía nueve años, estaba despierto. Lo había oído y comprendido todo. Sí, lo había comprendido todo, a pesar de sus nueve años. Y fijó en mí una mirada profunda y severa.

—¿Llevarás el fusil?—preguntó con voz grave.

—Sí.

—Está detrás de la chimenea, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes?... Bueno, abrázame. ¿Te acodarás de mí?

Saltó de la cama en camisita, caliente aún del sueño, y se abrazó con fuerza a mi cuello. Sin tiendo el calor de sus brazos suaves, delicados, levanté el pelo de su nuca, y se posaron en su cuellecito, un instante, mis labios.

—¿Te matarán?—me dijo al oído.

—No, volveré.

¿Por qué no lloró? Muchas veces lloraba cuando yo salía de casa. ¿Acaso él también había oído aquellas llamadas misteriosas? ¡Quién sabe! ¡En aquella gran época ocurrían tantas cosas extraordinarias!

Dirigí una mirada a las paredes, a los muebles, a la bujía, cuya llama vacilaba, y estreché la mano de mi mujer.

—¡Bueno, hasta la vista!

—¡Sí, hasta la vista!

Y a eso se redujo todo.

Me fuí. En la escalera olía mal y no se veía. Envuelto en las tinieblas, buscando con los pies los viejos escalones de piedra, experimentaba un sentimiento de felicidad inmensa, de alegría in finita, que llenaba todo mi ser.

Leónidas Andréiev



Leonid Nikoláievich Andréiev (ruso Леонид Николаевич Андреев; Oriol, 9 de octubre de 1871 - Mustamäki, Finlandia, hoy en la óblast de Leningrado, 12 de septiembre de 1919) fue un escritor y dramaturgo ruso que lideró el movimiento del Expresionismo en la literatura de su país. Estuvo activo en la época entre la Revolución de 1905 y la Revolución de Octubre de 1917 que finalmente destronó al gobierno zarista.

Nacido en Oriol (Rusia), Andréyev originalmente estudió Derecho en Moscú y San Petersburgo, pero abandonó su poco remuneradora práctica para seguir la carrera literaria. Fue reportero para un periódico moscovita, cubriendo la actividad judicial, función que cumplió rutinariamente sin llamar la atención desde el punto de vista literario. Su primer relato publicado fue sobre un estudiante pobre, una narración basada en sus propias experiencias. Sin embargo, hasta que Máximo Gorki lo descubrió por unos relatos aparecidos en el Mensajero de Moscú (Moskovski véstnik) y en otras publicaciones, empezó realmente la carrera de Andréyev.

Desde entonces hasta su muerte, fue uno de los más prolíficos escritores rusos, produciendo cuentos, bosquejos, dramas, etc., de forma constante. Su primera colección de relatos apareció en 1901 y vendió un cuarto de millón de ejemplares en poco tiempo. Fue aclamado como una nueva estrella en Rusia, donde su nombre pronto se hizo famoso. Publicó su narración corta, "En la niebla" en 1902. Aunque empezó dentro de la tradición rusa, pronto sorprendió a sus lectores por sus excentricidades, las cuales crecieron aún más que su fama. Sus dos historias más conocidas son probablemente "Risa roja" (1904) y "Los siete ahorcados" (1908). Entre sus obras más conocidas de temática religiosa figuran los dramas simbolistas "El que recibe las bofetadas" y "Anatema".

Idealista y rebelde, Andréyev pasó sus últimos años en la pobreza, y su muerte prematura por una enfermedad cardíaca pudo haber sido favorecida por su angustia a causa de los resultados de la Revolución Bolchevique. A diferencia de su amigo Máximo Gorki, Andréyev no consiguió adaptarse al nuevo orden político. Desde su casa en Finlandia, donde se exilió, dirigió al mundo manifiestos contrarios a los excesos bolcheviques.

Aparte de sus escritos de carácter político, Andréyev publicó poco a partir de 1914. Un drama, "Las tristezas de Bélgica",

fue escrito al inicio de la guerra para celebrar el heroísmo de los belgas contra el ejército invasor alemán. Se estrenó en los Estados Unidos, al igual que "La vida del hombre" (1917), "El rapto de las sabinas" (1922), "El que recibe las bofetadas" (1922) y "Anatema" (1923).

"Pobre asesino", una adaptación de su relato "El pensamiento" escrita por Pavel Kohout, se estrenó en Broadway en 1976. En cine, el argentino Boris H. Hardy dirigió una cuidada versión cinematográfica de "El que recibe las bofetadas", con Narciso Ibáñez Menta en el papel protagónico, estrenada en 1947.

Estuvo casado con la condesa Wielhorska, sobrina nieta de Tarás Shevchenko. Su hijo fue Daniil Andréyev, poeta y místico, autor de Roza Mira.

La nieta de Leonid Andréyev, la escritora estadounidense Olga Andrejew Carlisle, publicó una colección de sus cuentos, Visiones, en 1987.